

Liliana Regalado de Hurtado
Hidefuji Someda
Editores

CONSTRUYENDO HISTORIAS

Aportes para la historia hispanoamericana
a partir de las crónicas

Capítulo 6



Pontificia Universidad Católica del Perú
Fondo Editorial 2005



Universidad de Estudios
Extranjeros de Osaka

*Construyendo historias. Aportes para la historia
hispanoamericana a partir de las crónicas*

Primera edición: agosto de 2005

Tiraje, 500 ejemplares

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2005

Plaza Francia 1164, Lima 1 – Perú

Teléfonos: (51 1) 330-7410, 330-7411

Fax: (51 1) 330-7405

Correo electrónico: <feditor@pucp.edu.pe>

Dirección URL: www.pucp.edu.pe/publicaciones/fondo_ed/

Diseño de interiores: Juan Carlos García M.

Diseño de cubierta: Atenea Ediciones

*Derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro
por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso
de los editores.*

ISBN 9972-42-720-X

Hecho el depósito legal 2005-5280 en la Biblioteca Nacional del Perú

Impreso en el Perú - Printed in Peru

EL HONOR ESPAÑOL EN LAS CRÓNICAS AMERICANAS
DE LOS SIGLOS XVI Y XVII

Mariano Fazio Fernández

Pontificia Universidad de la Santa Cruz de Roma

UNO DE LOS ELEMENTOS más sobresalientes de la visión del hombre que se tiene en España —y en particular en Castilla— durante los siglos XVI y XVII es, sin duda, el del honor. Estamos en pleno periodo renacentista, en el que se subraya la importancia de la individualidad. En el caso español, al ambiente cultural europeo general se deben añadir circunstancias específicas. En una sociedad que acaba de finalizar la Reconquista, los valores de la valentía guerrera, de la audacia, de la lealtad y de la identidad racial y religiosa, entre otros, siguieron presentes y continuarán su vigencia hasta finales del siglo XVII. Con la Reconquista nace el ideal caballeresco, propio del hidalgo: se vive para hacer la guerra contra los infieles. De ahí que se tenga en tanto las virtudes militares y el código de honor que deriva de las mismas. De ahí también que se rinda especial honor al que conquista sus riquezas con las armas y no al que se las ha procurado con el trabajo manual. Según Elliott, estos ideales permearon toda la sociedad castellana, uniendo los estratos populares con la aristocracia en el común desprecio por la vida sedentaria y por los bienes estables (1982: 31).

Los ideales caballerescos del honor están ampliamente documentados en la literatura de la época. El teatro y las novelas de los siglos XVI y XVII ofrecen innumerables testimonios de su presencia efectiva en la

cosmovisión castellana de aquel entonces (Losada-Goya 1994). Siendo en cierto sentido la conquista de América una continuación de la Reconquista, es natural que encontremos en las crónicas americanas, también documentos renacentistas, abundante material que pone en evidencia el papel que el honor —la honra, la fama, la gloria— jugó en este proceso histórico.

El concepto de honor es rico en matices y podríamos decir que tiene un valor polisémico. Entre los principales contenidos de este concepto figura el que relaciona el honor con la reputación. Desde esta perspectiva, el honor se identifica con la opinión que tienen los demás de nosotros. Es, por tanto, una categoría externa: el honor no reside en el interior del hombre sino en el exterior, en la exterioridad del individuo. Lo importante no es lo que se es sino lo que se aparenta ser. Este hecho explica la necesidad de cuidar las apariencias y el interés que se pone en el «qué dirán». Según esta concepción externa del honor, se prefiere perder la honra en secreto y mantenerla ante los ojos de los demás, que conservarla ante la propia conciencia pero perderla frente a la opinión pública.

Relacionada con el honor en su forma exterior se encuentra la fama, es decir, la persistencia de la buena reputación en el futuro. La búsqueda de la fama es un sentimiento muy renacentista, que en España se halla ligado también a la ética caballeresca de la Reconquista. En pleno siglo xv, Jorge Manrique compuso sus *Coplas a la muerte de su padre*. En un contexto profundamente religioso, el poeta castellano reflexiona sobre lo efímero de esta vida terrena y la sustancialidad de la vida eterna. Pero a estas dos vidas —la terrenal y la eterna— se suma una tercera: la propia de la fama que dejamos en este mundo tras la muerte. Esta tercera vida es muy superior a la terrena y es algo digno de ser buscado. Dejemos que sea el mismo Manrique quien lo argumente. La personificación de la muerte habla al padre del poeta:

No se os haga tan amarga / la batalla temerosa / que esperáis, / pues otra
vida más larga / de fama tan gloriosa / acá dexáis; / aunque esta vida de
honor / tampoco no es eternal / ni verdadera / mas con todo es muy

mejor / que la otra temporal / percedera. /El vivir que es perdurable / no se gana con estados / mundanales, / ni con vida deleitable / en que moran los pecados / infernales; / mas los buenos religiosos / gánanlo con oraciones / y con lloros; / los caballeros famosos, / con trabajos y aflicciones / contra moros. / Y pues vos, claro varón, / tanta sangre derramastes / de paganos / esperad el galardón / que en este mundo ganastes / por las manos: / y con esta confianza / y con la fe tan entera / que tenéis / partid con buena esperanza / que esta otra vida tercera / ganaréis. (En Bergua 1995)

El deseo de dejar fama tras de sí no se ha de identificar exclusivamente con el honor como algo exterior. Puede depender —como es el caso de don Rodrigo Manrique— de las buenas obras que se han realizado en esta vida. Así, nos adentramos en otro de los contenidos semánticos del honor: el que está intrínsecamente unido a la virtud. En este sentido, el honor se basa en la conducta recta del hombre. Se da paso a una concepción más interior del honor, que tiene raíces clásicas y cristianas. El honor no reside ahora en la opinión ajena sino en el valor que una persona posee ante sí misma. Ya Aristóteles decía que el honor era el premio de la virtud (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, libro IV: 7) o, como afirmaba Miguel de Cervantes en *Don Quijote*, la verdadera nobleza consiste en la virtud (Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*, 1.ª parte, cap. XXXVI).

Una de las consecuencias del carácter interior del honor es el concepto de «hombría», relacionado con el coraje, el valor militar, la audacia y las hazañas realizadas. Y como estas virtudes se pueden dar en cualquier miembro de la sociedad, se puede afirmar que el honor-virtud hace que el hombre honrado sea hijo de sus propias obras. Así lo dice un personaje de la comedia *El Palacio confuso* (1634), de Lope de Vega:

Cualquier soldado adquirió / nobleza y blasón honrado; / ¿pues qué ha de hacer un soldado / tan valiente como yo? / Hijos de sus obras son / los hombres más principales [...] / El valor los nobles hace, / y así, por examen, sobra / mirar como el hombre obra / y no mirar como nace. (En Losada-Goya 1994)

No obstante lo afirmado más arriba, hay que aclarar que durante los siglos XVI y XVII persiste una mentalidad aristocrática que también pone en relación el honor con el nacimiento. Son honradas las personas de alta cuna, que reciben en herencia un linaje noble. No es tanto una valoración económica la que está en la base de esta concepción: el noble se siente parte de un estamento, puesto en la escala más alta de la sociedad para servir. Se puede aplicar válidamente la frase hecha: *noblesse oblige*. Más que derechos, la nobleza de sangre implica las obligaciones de una conducta honrada.

El acceso a la nobleza no lo da solo el nacimiento: las gestas guerreras pueden abrir paso a un ascenso en la escala social y a la obtención de títulos. En otras sociedades europeas, la ciencia y los trabajos manuales en beneficio de la comunidad podían también convertirse en puertas de entrada a la nobleza. No así en Castilla, en donde son tan conocidas las figuras literarias de hidalgos miserables que no se deciden a trabajar por ir en contra de su honor caballeresco.

Un último elemento que hay que destacar respecto al honor castellano en los siglos XVI y XVII es el que deriva de la raza y de la religión. Como herencia de la Reconquista, el pertenecer a la estirpe castellana, en contraposición a los moros o a los judíos, era una señal de distinción. Lo mismo se podría decir de la religión y, en particular, de la «limpieza de sangre» propia de los «cristianos viejos», que no tenían entre sus ancestros sangre judía o musulmana.

Presentadas a vuelo de pájaro las principales acepciones de la palabra «honor», toca ahora analizar de qué manera están presentes en la mentalidad de los conquistadores españoles del siglo XVI, tal como nos la presentan las crónicas americanas. No juzgaremos en este trabajo sobre la veracidad de los contenidos, sino que nos centraremos en los elementos que denotan dicha mentalidad, aunque en su literalidad no concuerden con los hechos realmente acaecidos.

1. La consideración exterior del honor

a) Causas de las crónicas

Muchas de las crónicas americanas fueron escritas precisamente para que no cayeran en el olvido las hazañas de las huestes castellanas y para que se perpetuara su fama. Poner por escrito los hechos de un conquistador permitía hacerlo ingresar en el libro de oro de la historia, pero también ofrecía la posibilidad de ganar títulos y renombre ya en el presente.

Un ejemplo clásico de estas finalidades es el de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo. El soldado cronista había leído la obra de López de Gómara sobre la conquista de México y estaba indignado al ver que solo se loaba a Cortés y se dejaba de lado a su hueste, «por obscurecer si pudiesen nuestros muchos y notables servicios, porque no haya fama de ellos ni sean tenidos en tanta estima como son dignos de tener» (Díaz del Castillo 1960: 1). Decide escribir la historia «[...] porque cosas tan heroicas como adelante diré no se olviden, ni más las aniquilen y claramente se conozcan ser verdaderas [...] y porque haya fama memorable de nuestras conquistas» (Díaz del Castillo 1960: 1). Algo de razón tenía Bernal Díaz en criticar al capellán de Cortés, pues López de Gómara había escrito su *Conquista de Méjico* para que «[...] permanezca el nombre y memoria de quien conquistó tanta tierra, convirtió tantas personas, derribó tantos dioses, excusó tantos sacrificios y comida de hombres» (López de Gómara 1946a: 295). Enalzando la figura del capitán, minusvaloraba la de sus compañeros de armas.

La búsqueda de la fama y los deseos de dejar memoria de los hechos como causa para escribir crónicas es algo generalizado. Un soldado bávaro, Ulrich Schmidel, que cruzó el Atlántico con don Pedro de Mendoza y que permaneció por dos décadas en tierras de El Plata, termina el relato de sus sufrimientos de la siguiente manera: «Así, después de veinte años volví por la singular providencia de Dios Todopoderoso, al lugar

de donde había salido. Pero en este tiempo que anduve entre las naciones de indios, sufrí y padecí no pocos peligros para el cuerpo y la vida, grandes hambres, miserias, aflicciones y angustias, como se contiene en esta relación histórica» (Schmidel 1986: 113). Si poco oro se llevó a su Baviera natal, por lo menos quiso dejar constancia de sus sufrimientos. Es una forma de singularizarse, un atajo para alcanzar la honra que la tierra por él recorrida le negó.

Se ve que el sentimiento del honor no era exclusivo de los castellanos. Otro ejemplo de deseo de ganar honra a través de una crónica es el de un portugués que acompañó a Hernando de Soto a la Florida. En la relación del hidalgo de Elvas, hasta el mismo título habla del deseo de perpetuarse. El anónimo autor titula su escrito de la siguiente manera: «Relación verdadera de los trabajos que el gobernador don Fernando de Soto y ciertos hidalgos portugueses pasaron en el descubrimiento de la provincia de Florida». El autor permanecerá anónimo, bien es verdad; pero el lusitano pondrá en primerísimo plano a los de su nación, como si estos hubieran desempeñado un papel insustituible, cosa que, pensamos, está lejos de la realidad.

La fama de la propia nación también está en el origen de *La Florida*, del Inca Garcilaso de la Vega. En su caso, el autor pertenece a dos naciones, la española y la indígena. En el proemio al lector, Garcilaso confiesa que escribió esta obra «para honra y fama de la nación española, que tan grandes cosas ha hecho en el nuevo mundo, y no menos de los indios que en la historia se mostraren y parecieron dignos del mismo honor» (1956: 5). Y hasta el mismo autor se declara deseoso de que «[...] estos trabajos me serán de más honra y de mejor nombre que el vínculo que de los bienes de esta señora [Fortuna] pudiera dejar» (Garcilaso de la Vega 1956: 9).

Fray Jacinto de Carvajal, ya en el siglo XVII, escribe su crónica del descubrimiento del río Apure para eternizar las memorias de los que allí participaron, «quedando muy aplaudidos sus nombres en los presentes y venideros siglos con la calificación de muy gloriosos» (Carvajal 1985: 39). Ruy Díaz de Guzmán declara que escribió su obra *La Argentina*

para que «[...] el tiempo no consumiese la memoria de aquellos que con tanta fortaleza fueron merecedores de ella, dejando su propia quietud y patria por conseguir empresas tan dificultosas» (1974: 32). Y considera que es una labor necesaria, pues todos los conquistadores del Río de la Plata «[...] acabaron sus vidas en aquella tierra, con las mayores miserias, hambres y guerras, de cuantas se han padecido en las Indias no quedando de ellos más memoria, que una fama común y confusa de su lamentable tradición» (Díaz de Guzmán 1974: 31). En sus páginas, exaltará la figura de Domingo Martínez de Irala, abuelo del historiador mestizo.

Una motivación similar presenta Jerónimo de Vivar en su *Crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile*, pues «[...] habiendo pasado a estas nuevas regiones de Indias, y como en ellas hubiese y aconteciesen cosas dignas de perpetua memoria, vilas no tener en el grado que se deben tener, y los casos acontecidos que cada un día acontecían vilos quedar en olvido» (Vivar 1988: 40). De ahí que tome la pluma y narre los principales hechos de la hueste de Pedro de Valdivia.

Podríamos traer a colación otros ejemplos. Para terminar este primer punto, quisiera hacer referencia a la *Historia del Almirante* de Hernando Colón. Es evidente que el hijo de Colón escribe esta historia para defender la honra de su padre y sus propios intereses: Hernando se encuentra en plenos pleitos colombinos y quiere hacer valer sus derechos. El prólogo de José Moleto al «muy magnífico Señor Baliano de Fornari» evidencia la finalidad de la obra. Se trata de que no caiga en olvido la figura del Almirante, quien si hubiera vivido en la Antigüedad habría sido divinizado:

Y es cosa cierta que no puede esta época honrarlo tanto que no sea digno de mayor honra. Y es digno de grandísima alabanza quien se consagra a la inmortalidad de un hombre tan esclarecido, verdaderamente digno de vivir en la memoria de los hombres mientras dura el mundo; como se ve que ha hecho vuestra señoría, que con tanta diligencia ha procurado que salga a luz la vida de tan egregia persona, escrita, ha tiempo, por el ilustre D. Hernando Colombo, segundo hijo del

mencionado D. Cristóbal, Cosmógrafo mayor del invictísimo Carlos V. (Colón 1984)

b) El bautismo de la geografía americana

Si las crónicas están destinadas *ad perpetuam rei memoriam*, en sus páginas encontramos actitudes de conquistadores que intentan personalmente dejar constancia de su paso por el continente. Una de las formas presentes repetidamente en las crónicas es la de dar el propio nombre a distintos accidentes geográficos o a nuevas ciudades, costumbre que inicia temprano en pleno ciclo colombino. Miguel de Cúneo, oriundo de Saona, quien nos dejó una relación del segundo viaje, cuenta con satisfacción que

[...] navegando hacia La Española yo fui el primero en descubrir tierra, por lo que el señor Almirante en aquel mismo lugar, en un cabo donde había un óptimo puerto, mandó tomar tierra y le puso el nombre de cabo de San Miguel Saonese en mi honor, y así lo apuntó en su libro [...]. Siguiendo así la costa hacia nuestra aldea, topamos con una isla bellísima sobre un cabo [...] y también por deferencia hacia mí el señor Almirante le puso el nombre de la Bella Saonese. (Gil y Varela 1984: 256)

Mariño de Lobera destaca el hecho de que Valdivia decidiera bautizar a una ciudad con su nombre. A la frase del extremeño «Aquí se fundará la ciudad de Valdivia», el cronista añade: «cual otro Rómulo que intituló a Roma con su mismo nombre» (Mariño de Lobera 1960: 320). Pedrarias Dávila también quiso dejar constancia de su paso, aunque sin dar el propio nombre a las tierras que divisa, pero sí cambiando la nomenclatura anterior. Al poco tiempo de hacer contacto con las nuevas tierras, comienza a bautizar los accidentes geográficos, como Adán con las criaturas del Paraíso, actitud criticada por Fernández de Oviedo, quien cree descubrir en este gesto el deseo de «engrandescer sus hechos y poner en olvido lo que hicieron los primeros» que por allí habían pasado y que ya habían dado nombres a la geografía americana (1947, III: 223).

c) Autoalabanzas y preocupación por la propia reputación

La lectura de las crónicas ofrece, aquí y allá, auténticas perlas de autoestima y autocomplacencia. Si los demás no reconocen la honra que uno se merece, será el propio interesado el que la resalte. Quizá el caso más extremo de esta actitud sea el de Bernal Díaz del Castillo. Como hemos señalado, había que devolver a los conquistadores anónimos de México su honra y su fama. Y como entre ellos estaba él, no dudará en citarse, reconocerse a sí mismo sus méritos y pedir a la posteridad que se le recuerde. Al terminar su monumental obra, el humilde Bernal Díaz se justifica:

He traído esto aquí a la memoria para que se vean nuestros muchos y buenos y notables servicios que hicimos al rey nuestro señor y a toda la cristiandad, y se pongan en una balanza y medida cada cosa en su cantidad, y hallarán que somos dignos y merecedores de ser puestos y remunerados como los caballeros por mí atrás dichos, y aunque entre los valerosos soldados que en estas hojas pasadas he puesto por memoria hubo otros muchos esforzados y valerosos compañeros, y todos me tenían a mí en reputación de buen soldado. (Díaz del Castillo 1960: 439)

Y aún no termina de hablar de sí mismo: «[...] siempre tuve celo de buen soldado, que era obligado a tener, así para servir a Dios y a nuestro rey y señor y procurar de ganar honra, como los nobles varones deben buscar la vida, e ir de bien en mejor» (Díaz del Castillo 1960: 3); «Y también había otros soldados muy esforzados, que se decían Andres de Tapia y Cristóbal de Olea y un Juan de la Serna, Bernal Díaz del Castillo. Pongo el postrero de estos esforzados soldados que uno y otros eran hombres para ser capitanes y buenos guerreros, y por sus muchas virtudes les dió el cargo de capitanes de que dejaron todos muy buena fama» (Díaz del Castillo 1960: 93). Cita la loa que le dirigió Moctezuma a su paje Orteguilla: «De noble condición me parece Bernal Díaz» (Díaz del Castillo 1960: 175). Trae otra anécdota de alabanzas dadas por Cortés sobre su persona en Xochimilco (Díaz del Castillo 1960: 296) y en la reconquista de México (Díaz del Castillo 1960: 327), para terminar

diciendo que Cortés, después de Dios, «en mí tenía confianza», cuando le da un pequeño encargo que cumplir. Llega a escribir estas risueñas frases:

[...] entre los fuertes conquistadores mis compañeros, puesto que los hubo muy esforzados, a mí me tenían en la cuenta de ellos, y el más antiguo de todos, y digo otra vez que yo, yo y yo, dígolo tantas veces, que yo soy el más antiguo y lo he servido como muy buen soldado a Su Majestad, y diré con tristeza de mi corazón, porque me veo pobre y muy viejo y una hija para casar y los hijos varones ya grandes y con barbas y otros por criar, y no puedo ir a Castilla ante Su Majestad para representarle cosas cumplideras a su real servicio y también para que me hagan mercedes, pues se me deben bien debidas. (Díaz del Castillo 1960: 534)

En los capítulos finales de su libro, Bernal Díaz simula un diálogo nada menos que con la Fama. A ella le dice:

¡Oh, excelente y muy sonante ilustre Fama, y entre buenos y virtuosos deseada y loada, y entre maliciosos y personas que han procurado oscurecer nuestros heroicos hechos no los querrían ver ni oír vuestro tan ilustrísimo nombre para que nuestras personas no ensalcéis como conviene! Hágoos, señora, saber, que de quinientos cincuenta soldados que pasamos con Cortés desde la isla de Cuba, no somos vivos en toda la Nueva España de todos ellos, hasta este año de mil quinientos sesenta y ocho, que estoy trasladando esta mi relación, sino cinco, que todos los más murieron en las guerras ya por mí dichas, en poder de indios, y fueron sacrificados a los ídolos, y los demás murieron de sus muertes. (Díaz del Castillo 1960: 541)

Por último, justificará las alabanzas a sí mismo —«¿Querrán que lo digan las nubes o los pájaros que en aquellos tiempos pasaron por alto?» (Díaz del Castillo 1960: 547)— para terminar este canto en honor de la honra y de la fama que es su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*.

En la misma línea ingenua de Bernal Díaz se encuentra Pascual de Andagoya, miembro de la expedición de Pedrarias Dávila. A la hora de

describir la tripulación, señala que es «de las más lucida gente que de España ha salido» (Andagoya 1986: 83), incluyéndose él en tan selecto personal.

Si en los ejemplos hasta ahora expuestos y en los prólogos de las crónicas se intenta perpetuar la fama por siglos, también se encuentran en las crónicas preocupaciones más inmediatas, que tratan de no enturbiar el buen nombre con acciones que pueden ser mal interpretadas. Cabeza de Vaca narra un hecho de la desastrada expedición a la Florida, que pone al desnudo este sentimiento tan hispánico. Cuando Pánfilo de Narváez le propone que él se haga cargo de los navíos, mientras que el capitán seguiría la expedición por tierra,

[...] respondí que yo huía de encargarme de aquello porque tenía por cierto y sabía que él no había de ver más los navíos, ni los navíos a él, y que esto entendía viendo que tan sin aparejo se entraban por la tierra adentro, y que yo quería más aventurarme al peligro que él y los otros se aventuraban, y pasar por lo que él y ellos pasasen, que no encargarme de los navíos, y dar ocasión que se dijese que, como había contradicho la entrada, me quedaba por temor, y mi honra anduviese en disputa, y que yo quería más aventurar la vida que poner mi honra en esta contradicción. (Nuñez de Vaca 1946: 520)

La preocupación por la buena reputación también se refleja en el no conformarse con una derrota que la pudiera poner en entredicho. Cortés señala que en la defensa de México «[...] nos iban las vidas y la honra» (1945: 228); cuando se recupera en Tlaxcala de la Noche Triste, «[...] les dije que yo no había de desamparar esta tierra, porque en ello me parecía que demás de ser vergonzoso a mi persona, y a todos muy peligroso, a vuestra majestad haríamos muy gran traición» (1945: 242). Francisco de Orellana también participó de este ideal de su época. Gaspar de Carvajal, su cronista, indicará que Orellana se decidió a buscar río abajo alimentos para la hueste de Gonzalo Pizarro, porque «no cumplía con su honra» (Carvajal 1955: 4) el que toda la expedición regresara a Quito hambrienta y fracasada. De igual manera, el

dominico señala que «[...] el capitán no quería acometer donde vía que no podíamos ganar honra» (Carvajal 1955: 31).

Algo similar ocurre con la expedición de Magallanes, comandada por Elcano después de su muerte. Cuenta el cronista Pigafetta que, cuando surge una dificultad en el viaje de regreso y algunos desean quedarse en Mozambique, «[...] la mayor parte de la tripulación, esclava más del honor que de la propia vida, decidimos esforzarnos en regresar a España cualesquiera fuesen los peligros que tuviéramos que recorrer» (1963: 142). No podían fracasar en su intento, poniendo en juego su honra. Los principales protagonistas de la Conquista defendieron su buena fama frente a sus detractores, que muchas veces llegaban a la Corte con la intención de denigrarlos. Así, Cortés vuelve a España para «que no le desquiciaran de la buena opinión que tenía y había ganado de sus heroicos hechos y la buena suerte y dicha que Dios le había dado» (Muñoz Camargo 1986: 245). En esta misma línea de la defensa de su honra se puede citar el pedido que le hace a Carlos V que se publique el resultado de su juicio de residencia,

[...] porque, como sea caso de honra, que por alcanzalla yo tantos trabajos he padecido y mi persona a tantos peligros he puesto, no quiera Dios, ni vuestra majestad por su reverencia, permita ni consienta, que basten lenguas de invidiosos, malos y apasionados a me la hacer perder, y no quiero ni suplico a vuestra majestad sacra, en pago de mis servicios, me haga otra merced sino ésta, porque nunca plega a Dios que sin ella yo viva». (Cortés 1945: 622)

De detractores tenía buen conocimiento Colón desde el inicio de su proyecto atlántico. Cuando el Almirante ve la nueva tierra, pensará sin duda en todos los que se opusieron a su plan descabellado. Y en el cuaderno de a bordo anota: «[...] pleje a Dios se redusgan los disfamadores de mi honra, que con tanta deshoesidad y malicia han fecho burla de mí e disfamado mi empresa sin coñoscimiento de mi dezir y del servicio e acrescentamiento de Sus Altezas» (Varela 1986: 138).

d) Dejar fama tras de sí

Hasta ahora hemos visto la preocupación de los conquistadores por defender su honra en el momento presente frente a sus contemporáneos. Pero también figura, a veces de modo obsesivo, el deseo de dejar fama tras de sí, de que permanezca un digno recuerdo para las generaciones futuras. En otras palabras, se trata de sobrevivir con la tercera vida de la que hablaba con tanto favor Jorge Manrique en el siglo xv. Según Garcilaso de la Vega, este hecho no nos debe extrañar, pues «[...] el deseo de la inmortalidad, conservada en la fama, por ser natural al hombre, lo hay en todas las naciones por bárbaras que sean» (Garcilaso de la Vega 1956: 91). De ahí que haga partícipes también a los indios de esta búsqueda de la fama.

En los documentos de la época, encontramos la afirmación cortesiana de que tenía en más la honra que las riquezas. Al Emperador le escribe que

[...] por cobrar nombre de servidor de vuestra majestad y de su imperial y real corona me he puesto a tantos y tan grandes peligros y he sufrido trabajos tan sin comparación, y no por cobdicia de tesoros, que si esto me hubiera movido, pues he tenido hartos, digo para un escudero como yo, no lo hubiese gastado ni pospuesto por conseguir este otro fin, teniéndolo por más principal. (Cortés 1945: 628)

Una vez que se convierten los de Tlaxcala,

[...] visto por Cortés cuán bien se acudía a lo que él tanto deseaba, no podía estar de gozo, dando inmensas gracias a Nuestro Señor por tan grandes y señalados beneficios y mercedes como le hacía, porque este fue el principal fundamento de su venida y el camino y el principio de todo su bien, como lo fue, en esta vida y para conseguir y alcanzar la gloria y dejar en esta vida eterna inmortal fama. (Muñoz Camargo 1986: 207-208)

De Valdivia se afirma que «[...] su intento principal era hacer obras famosas y servicios hazañosos y dignos de perpetua memoria a la Corona

Real de España» (Vivar 1988: 210), ideal compartido por Balboa, quien según López de Gómara, entre los motivos de su inmensa alegría al descubrir el océano Pacífico fue el de «cobrar un gran renombre» (López de Gómara 1946b: 142).

e) Títulos

La búsqueda del reconocimiento ajeno, sea de los contemporáneos como de las generaciones futuras, puede encontrar un atajo en la concesión de títulos. Los monarcas fueron, en ocasiones, generosos con los conquistadores en este tipo de reconocimientos. En otros casos, la falta de estos generó resentimientos difíciles de superar.

Un caso emblemático es el que se suscitó entre Pizarro y Almagro. Pizarro consiguió honra en Castilla, cuando capitula con la Corona. En realidad, toda la honra fue para él y poco se acordó de quienes le ayudaron en sus dos primeros viajes exploratorios al Perú. El más perjudicado era don Diego de Almagro. López de Gómara escribe que don Diego

[...] muy corrido y quejoso estaba de Francisco Pizarro; porque siendo tan amigos, lo había excluído de los honores e títulos que para sí traía; y porque siendo compañeros en los gastos, quería echarlo de la ganancia como de la honra, pues no le dejaba parte en el mando ni gobierno; y lo que mucho sentía era, que habiendo él puesto más hacienda y perdido un ojo en el descubrimiento, no lo había dicho al Emperador. Decía, en fin, que quería más honra que hacienda. (1946b: 225)

La sed de honra de don Diego de Almagro viene refrendada por el testimonio de Agustín de Zárate, quien dice que el manchego «fue mucho más ambicioso y deseoso de tener mando y gobernación» (1947: 458). Por eso, no es extraño que, cuando le llegan a Almagro las provisiones reales que le hacían gobernador de Nueva Toledo, «[...] se holgó más que con cuanto oro ni plata había ganado; ca era codicioso de honra» (López de Gómara 1946b: 238). López de Gómara quiso dejar un

rápido retrato de don Diego: «[...] era esforzado, diligente, amigo de honra y fama» (1946b: 242).

Sobre Elcano, quien termina la navegación iniciada por Magallanes, López de Gómara escribe: «Los rodeos, los peligros y trabajos de Ulises fueron nada en respecto de los de Juan Sebastián; y así, él puso en sus armas el mundo por cimera, y por letra *Primum circundedisti me*, que conforma muy bien con la que navegó; y a la verdad el rodeó todo el mundo» (1946b: 219). A lo que Fernández de Oviedo añade que Carlos V «le mejoró sus armas, aumentándoselas de nuevas insignias y honores» (1947, II: 237). Según el mismo historiador, Diego de Ordaz emprende las jornadas en pos del Orinoco «por deseo de haber nuevos títulos» (Fernández de Oviedo 1947, II: 363), al igual que Vázquez de Ayllón, que con su expedición a La Florida deseaba «poner su persona en más estado» (Fernández de Oviedo 1947, IV: 323).

En ocasiones, cuando los títulos no llegan, se utilizan las crónicas para pedirlos. Ya hemos visto el caso de Bernal Díaz del Castillo, que consideraba que se le debían mercedes por parte de la Corona. Otro es el caso de la narración del descubrimiento del río Apure, escrita por Fray Jacinto de Carvajal. Un poema en honor del capitán Miguel de Ochagavía pide indirectamente al rey que tenga en cuenta sus méritos: «Si el grande Felipe viera / el valor y valentía / del famoso Ochagavía, / grandes mercedes le hiciera, / título al punto le diera / de muy grande capitán, / y a los soldados que van / con él por sus compañeros / los armara caballeros / con hábitos de San Juan» (Carvajal 1985: 47).

2. El honor como premio de la virtud

a) Hechos hazañosos

Hasta el momento hemos analizado el honor en su vertiente más exterior: el reconocimiento que los otros —contemporáneos o generaciones futuras— tienen de nosotros. Ahora procedemos al análisis del honor como fruto de las obras. Hemos afirmado páginas atrás que,

según la mentalidad heredada de la Reconquista y también la propia del Renacimiento, el hombre es, en parte, hijo de sus obras. Hay actividades que engendran honra, mientras que otras la impiden. En las crónicas americanas, las obras que causan honra más frecuentemente citadas son las «hazañas» o «hechos hazañosos». Muchos de estos hechos están relacionadas con el valor militar y la audacia, a veces rayana en la temeridad. Así, Muñoz Camargo afirma: «Conviene al español que no ha usado la guerra, que pelee con grandísimo ánimo y venda bien su vida, para vencer y ganar, juntamente con la vida, honra y fama» (1986: 246). Veamos algunos casos concretos de hazañas dignas de honra.

La figura de Alonso de Ojeda merece una atención más cuidada por parte de los historiadores. Es el primer descubridor de oro en Santo Domingo, el primer batallador contra los indios, el primero que consigue licencias de los reyes para ir a las Indias sin dependencia de Colón. Y el hecho de «llegar primero» también trae consigo honra y fama. Bartolomé de las Casas, que poca simpatía sentía por el capitán, nos dejó un fiel retrato de este «buscador de honra», que hasta hace locuras delante de la reina para llamar la atención. En su *Historia de las Indias* indica que don Alonso era un «mancebo cuyo esfuerzo y ligereza se creía entonces exceder a muchos hombres, por muy esforzados y ligeros que fuesen, de aquellos tiempos». Añade que cuando la reina Isabel fue a Sevilla, Ojeda hizo auténticos malabarismos desde un madero que salía de una ventana de la torre de la Catedral, «que parece imposible no caer y hacerse mil pedazos». Para completar el cuadro, fray Bartolomé nos dirá que

[...] excedió a todos cuantos hombres en España entonces había en esto: que siendo de los más esforzados, y que así en Castilla, antes que a estas tierras viniese, viéndose en muchos ruidos y desafíos, como después de acá venido, en guerras contra indios, millares de veces, donde ganó ante Dios poco, y que él siempre era el primero que había de hacer sangre dondequiera que hobiese guerra o rencilla, nunca jamás en su vida fue herido ni le sacó hombre sangre, hasta obra de dos años antes que muriese. (Las Casas 1957, II: 244)

Sobre Vasco Núñez de Balboa cuenta Las Casas que, cuando se acerca con sus hombres a la montaña desde cuya cumbre se divisaría el mar del Sur, «como estaban ya muy cerca, manda que todos allí se paren y asienten; sube el solo en la cumbre de la sierra, y vista la mar del sur, da consigo en tierra hincado de rodillas, y alzadas las manos al cielo da grandes alabanzas a Dios por la merced tan grande que le había hecho en que fuese el primero que la descubriese y viese» (1957, II: 287). Solo él tenía que verla por primera vez. Después vendrían los otros, pero ese goce, ese placer de ser el primero, era un privilegio que nadie le quitaría.

Esas ansias de ser los primeros son compartidas por la hueste. Al hacer unas canoas para navegar por el flamante océano, «[...] entra luego el Alonso Martín en una dellas, y dice a sus compañeros: “sedme testigos, cómo yo soy el primero que en la mar del Sur entra”; otro, llamado Blas de Atienza, hizo lo mismo y dijo que fuesen testigos que él era el segundo que aquello hacía» (Las Casas 1957, II: 288).

López de Gómara pone en boca de Cortés unas palabras dirigidas a su hueste antes de hacerse a la mar. Las siguientes frases, si bien no tenemos la seguridad de que fueran pronunciadas por el conquistador de México, denotan, sin embargo, la mentalidad y los ideales de su época. Dicen así:

Cierto está, amigos y compañeros míos, que todo hombre de bien y animoso quiere y procura igualarse por propias obras con los excelentes varones de su tiempo y aun de los pasados. Así que yo acometo una grande y hermosa hazaña, que será después muy famosa; ca el corazón me da que tenemos de ganar grandes y ricas tierras, muchas gentes nunca vistas, y mayores reinos que los de nuestros reyes. Y cierto, más se extiende el deseo de gloria, que alcanza la vida mortal: al cual apenas basta el mundo todo, cuanto menos unos y pocos reinos. Aparejado he naves, armas, caballos y los demás pertrechos de guerra; y sin esto hartas vituallas y todo lo que suele ser necesario y provechosos en las conquistas. Grandes gastos he yo hecho, en que tengo puesta mi hacienda y la de mis amigos. Mas parésceme que cuanto della tengo menos, he

acrescentado en honra. Hanse de dejar las cosas chicas cuando las grandes se ofrescen. Mucho mayor provecho, según Dios espero, verná a nuestro rey y nación desta nuestra armada que de todas las de los otros. Callo cuan agradable será a Dios nuestro Señor, por cuyo amor he de muy buena gana puesto el trabajo y los dineros. Dejaré aparte el peligro de vida y honra que he pasado haciendo esta flota; porque no creáis que pretendo della tanto la ganancia quanto el honor; que los buenos más quieren honra que riqueza. Comenzamos guerra justa y buena y de gran fama. Dios poderoso, en cuyo nombre y fe se hace, nos dará vitoria; y el tiempo traerá el fin, que de contino sigue a todo lo que se hace y guía con razón y consejo. (López de Gomara 1946: 301)

A lo largo de sus actuaciones se vislumbra en Cortés un deseo de realizar acciones grandiosas, auténticas hazañas que queden en la perpetua memoria de la humanidad. El mismo autor citado más arriba comenta el hecho de dar con los navíos al través: «[...] pocos ejemplos destos hay, y aquellos son de grandes nombres» (López de Gomara 1946: 324).

Bernal Díaz del Castillo añade estas otras frases, pronunciadas en la misma oportunidad referida anteriormente por López de Gómara, es decir, al inicio de la expedición:

Y a lo que, Señores, decís que jamás capitán romano de los muy nombrados han acometido tan grandes hechos como nosotros, dicen verdad y ahora y adelante, mediante Dios, dirán en las historias que de esto harán memoria mucho más de los antepasados; pues como he dicho, todas nuestras cosas son en servicio de Dios y de nuestro gran emperador don Carlos. (Díaz del Castillo 1960: 112)

No solo la posteridad guardó el nombre de Cortés como uno de los grandes personajes del siglo XVI. Sus contemporáneos también reconocieron sus méritos en relación con sus «hechos hazañosos». Cuando el extremeño le mandó una culebrina al Rey, en la que se leía la frase «Aquesta ave nació sin par; yo, en serviros, sin segundo, y vos, sin igual en el mundo», la inscripción causó cierto revuelo en la Corte por su osadía. El duque de Béjar salió en defensa del conquistador: «No se maravillen que Cortés ponga aquel escrito en el tiro; veamos ahora, en

nuestros tiempos ¿ha habido capitán que tales hazañas y que tanta tierra haya ganado, sin gasto y sin poner en ello Su Majestad cosa ninguna, y tantos cuentos de gentes se hayan convertido a nuestra santa fe?» (Díaz del Castillo 1960: 414).

Al igual que en otras expediciones, en esta de México, la búsqueda de honra y fama alcanza tanto a los grandes capitanes como a los anónimos soldados. Diego de Ordaz, por ejemplo, llevará a cabo una hazaña típica para ser recordada: subir, en la marcha a México, al volcán Popocatepetl y llegar hasta el cráter. La escalada le valió que el Rey le diera como escudo un volcán humeante (Díaz del Castillo 1960: 127).

Otro soldado —«un tal Rangel»—, le rogó a Cortés que «pues no se había hallado en la toma de México ni en ninguna batalla que hubo en la Nueva España, que porque hubiese alguna fama de él que le hiciese merced de darle una capitania para ir a conquistar a los pueblos de los zapotecas» (Díaz del Castillo 1960: 409). La actuación de Rangel fue un desastre, pero nada le quita su afán de perpetuarse. De igual manera, un soldado que participa en los afanes cortesianos por el mar del Sur, Hernando de Grijalva, «quiso ganar honra por sí mismo, si descubría alguna buena isla» (Díaz del Castillo 1960: 501). Diego Muñoz Camargo, en su *Historia de Tlaxcala*, concluye su visión de la conquista de México con la siguiente frase: «una de las mayores empresas y más heroicas que en el mundo jamás hombre humano había ganado» (1986: 216).

Si la honra está relacionada con las hazañas nunca antes realizadas, todos los tripulantes de las naves magallánicas la consiguieron con creces. Pero de una manera particular sus capitanes Magallanes y Elcano. Del primero, Pigafetta escribe:

Pero la gloria de Magallanes sobrevivirá a su muerte. Adornado de todas las virtudes, mostró inquebrantable constancia en medio de sus mayores adversidades. En el mar se condenaba a sí mismo a más privaciones que la tripulación. Versado más que ninguno en el conocimiento de los mapas náuticos, sabía perfectamente el arte de la navegación, como lo demostró dando la vuelta al mundo, lo que nadie osó intentar antes que él. (1963: 96)

Antes de emprender la conquista definitiva del Perú, Francisco Pizarro había tenido arranques de grandeza que perdurarían en la historia. El episodio más significativo es, sin duda, el de los Trece de la Fama. Estando en la isla del Gallo aguardando refuerzos de Almagro en el segundo viaje, vio don Francisco arribar a las costas de la inhóspita isla dos barcos al mando de Juan de Tafur, enviados por el gobernador de Panamá, Pedro de los Ríos. Venían a buscar a los harapientos y hambrientos hombres de Pizarro para llevarlos al Istmo y dar por terminada la segunda intentona pizarrista. El Inca Garcilaso de la Vega pintará con vivos colores la escena que se desarrolló a continuación. Don Francisco traza con su espada una línea en la arena y dice: «Aquí está Perú con su riqueza, allá Panamá con su miseria. Que cada cual elija según corresponde a un castellano denodado. Por mi parte, yo marchó hacia el Sur» (en Innes 1969: 214). A estas palabras, trece hombres responden cruzando la línea y se juntan con Pizarro. Pasaron a la historia con el nombre de «Los trece de la fama» y el emperador Carlos los hizo caballeros de la espuela dorada a unos e hidalgos a los que no lo fueran.

La conquista de Chile fue un campo abonado para las hazañas dignas de honra, debido a la férrea oposición que encontraron los españoles en los naturales de este país. Góngora Marmolejo, al referirse a la decisión de don Pedro de Valdivia de abandonar su asiento de Porco y lanzarse a la aventura chilena, explica que «[...] aunque Pizarro le diese de comer como en efeto se lo daba, no había de ser más de un vecino particular, como hombre que tenía los pensamientos grandes» (1960: 82). Las circunstancias dramáticas de su muerte estuvieron rodeadas de gestos dignos de ser recordados. Cuando Valdivia está cercado por los indios, preguntó a sus compañeros: «Caballeros, ¿qué hacemos?» El capitán Altamirano, natural de Medellín, hombre bravo y arrebatado, le respondió: «¿Qué quiere vuestra señoría que hagamos sino que peleemos y muramos!» (Góngora Marmolejo 1960: 104). Ercilla cambia un poco la situación y pone en boca del extremeño las siguientes palabras: «Caballeros, ¿qué dudamos? / sin ver los enemigos nos turbamos?» (Ercilla 1978: 43). Y van, decididos, a la muerte segura.

En todos los cantos de *La Araucana* es posible vislumbrar este ideal tan propio del siglo XVI, como es la honra asociada a las hazañas militares. Destaca Ercilla la valentía y el arte militar de Valdivia:

A solo el de Valdivia esta victoria / con justa y gran razón le fue otorgada, / y es bien que se celebre su memoria, / pues pudo adelantar tanto su espada: / éste alcanzó en Arauco aquella gloria, / que de nadie hasta allí fuera alcanzada; / la altiva gente al grave yugo trujo / y en opresión la libertad redujo. (1978: 33)

Cuando los españoles se desaniman por la muerte de su capitán, el poeta coloca estos versos: «¡Oh, ciega gente del temor guiada!, / ¿a dó volvéis los temerosos pechos? / que la fama en mil años alcanzara / aquí parece y todos vuestros hechos» (1978: 45).

El canto IV estará dedicado por entero a «Los catorce de la fama», un grupo de soldados valerosos «que con razón merecen ser loados» (Ercilla 1978: 49). Y así como se ensalza a la honra, se la contrapone al miedo y al temor. Ercilla atribuirá a Villagra las palabras citadas a continuación y dirigidas a la atemorizada tropa española, que ya había comprobado la valentía de los naturales chilenos:

Caballeros, nadie tuerza / de aquello que a su amor es obligado; / no os entreguéis al miedo, que es, yo os digo / de todo nuestro bien gran enemigo. / Sacudidle de vos, y veréis luego / la deshonra y afrenta manifiesta: / mirad que el miedo infame, torpe y ciego / más que el hierro enemigo aquí os molesta: / no os acostumbréis, callad, tened sosiego, / que en este solo punto lleváis puesta / vuestra fama, el honor, vida y hacienda, / y es cosa que después no tiene enmienda. (1978: 61)

La gesta heroica de la conquista chilena, según Ercilla, quien participó en los hechos, colocó a los españoles «sobre el más alto cuerno de la luna» (1978: 91).

Una de las figuras que más llama la atención en todo este proceso de conquista es la de Hernando de Soto. El hidalgo de Elvas le considera «magnánimo, virtuoso y esforzado». Añade que «[...] la fortuna subió, como suele hacer a otros, para de más alto caer» (Hidalgo de Elvas 1952: 120).

En *La Florida* del Inca Garcilaso, el concepto de honra sale en cada página. Soto, según el genial mestizo, «[...] levantando los pensamientos y el ánimo con la recordación de las cosas que por él habían pasado en el Perú, no contento con lo ya trabajado y ganado, mas deseando emprender otras hazañas iguales o mayores, si mayores podían ser, se fue a Valladolid [...]», donde consiguió que el Emperador le encargara la conquista de la Florida.

Esto hizo Hernando de Soto movido de generosa envidia y celo magnánimo de las hazañas nuevamente hechas en México por el Marqués del Valle don Hernando Cortés y en el Perú por el marqués don Francisco Pizarro y el adelantado don Diego de Almagro, las cuales vió y ayudó a hacer. Empero, como en su ánimo libre y generoso no cupiese ser súbdito, ni fuese inferior a los ya nombrados en valor y esfuerzo para la guerra ni en prudencia y discreción para la paz, dejó aquellas hazañas, aunque tan grandes, y emprendió estotras para él mayores, pues en ellas perdía la vida y la hacienda que en las otras había ganado. (Garcilaso de la Vega 1956: 12)

Recordemos cómo ser de los primeros siempre fue un camino seguro para adquirir honra; por eso, páginas más adelante, el Inca escribe que Soto, en una batalla,

[...] arremetió al escuadrón de los indios y por él entró primero que otro alguno de los castellanos, así porque este valiente capitán en todas las batallas y recuentros que de día o de noche en esta conquista y en la del Perú se le ofrecieron, presumía siempre ser de los primeros, que, de cuatro lanzas, las mejores que a las Indias Occidentales hayan pasado o pasen, fue la suya una de ellas. Y, aunque muchas veces sus capitanes se le quejaban de que ponía su persona a demasiado riesgo y peligro, porque en la conservación de su vida y salud, como de cabeza, estaba la de todo su ejército y aunque él viese que tenían razón, no podía refrenar su ánimo belicoso ni gustaba de las victorias, si no era el primero en ganarlas. No deben ser los caudillos tan arriscados. (Garcilaso de la Vega 1956: 104)

Las hazañas militares estaban casi por entero reservadas a los hombres. Sin embargo, las crónicas no dudan en presentarnos la valentía de

algunas mujeres que también merecen honra por haber adoptado actitudes de valentía varonil. Uno de estos casos es el de María de Estrada. Muñoz Camargo explica que cuando los españoles abandonan Tenochtitlán, la Estrada, «[...] peleando valerosamente con tanta furia y ánimo excedía al esfuerzo de cualquier varón, por esforzado y animoso que fuese, que a los propios nuestros ponía espanto. Y, ansimismo, lo hizo la propia el día de la memorable batalla de Otumba, a caballo, con una lanza en la mano, que era cosa increíble en ánimo varonil, digno por cierto de eterna fama e inmortal memoria» (1986: 295). Jerónimo de Vivar también cita a Inés Suares, natural de Málaga, que pelea bravíamente y que es calificada de «dueña honrada» (1988: 125).

b) Lealtad a la Corona y rectitud moral

No solo los «hechos hazañosos» producen honra y dejan fama tras de sí. Algunas actitudes morales son especialmente apreciadas, como la lealtad a la Corona. La Gasca, El Pacificador que pone fin a las guerras civiles, encontrará un gran apoyo en Pedro de Valdivia, que acude desde Chile al Perú para ponerse al servicio de las tropas reales. Cuando La Gasca recibe a Valdivia para pelear contra Gonzalo Pizarro, le dijo «[...] que estimaba mucho su persona en tenella en su campo por la buena fama que de él tenía y por la gran experiencia que tenía de la guerra» (Vivar 1988: 196): fama de vasallo leal y de tal magnitud que, según El Pacificador, «a su cargo estaba la honra de su Majestad» (en Vivar 1988: 202).

La falta de lealtad, por el contrario, hacía trizas la honra adquirida en el pasado con «hechos hazañosos». Según Agustín de Zárate, La Gasca escribe a Gonzalo Pizarro en términos que no dejan lugar a dudas:

Y pues, después del alma, ninguna cosa es entre los hombres más preciosa (especialmente entre los buenos) que la honra, se ha de estimar la pérdida della por mayor que de otra cosa ninguna, fuera del alma, por una persona como vuesa merced, que tan obligado a mirar por ella la dejaron sus mayores y le obligan sus deudos, cuya honra, juntamente

con la de vuesa merced, rescibiría quiebra, no haciendo él lo que con su rey debe, porque el que a Dios en la fe o al Rey en la fidelidad no corresponde como es justo, no solo pierde su fama, mas aun escurece y deshace la de su linaje y deudos. (1947: 548)

La honra, pues, proviene de una vida moralmente recta, según se entendía en la sociedad española del siglo XVI, donde las virtudes militares ocupaban un lugar importante. En varias oportunidades, las crónicas ponen en boca de conquistadores la necesidad de tener fama de buenos: a las réplicas de algunos soldados poco convencidos de emprender una nueva batalla, «Cortés les respondió medio enojado que valía más morir por buenos, como dicen los cantores, que vivir deshonrados» (Díaz del Castillo 1960: 112); antes de enfrentarse con Almagro, en el marco de las guerras civiles de Perú, Valdivia dice a sus hombres: «Y en todo, hermanos míos, más vale y mejor nos será ganar fama de buenos que ser infamados de cobardes» (Vivar 1988: 48).

3. Honra como manifestación racial, de estirpe y religiosa

Nos adentramos ahora en el tercer sentido de «honor» al que hemos hecho referencia en la introducción de este estudio: el que está ligado a la raza, a la estirpe y a la religión. Cabe aclarar que los testimonios de las crónicas en este ámbito son más esporádicos, quizá debido al fondo cristiano de los conquistadores, que tenían una cierta conciencia de la igualdad natural de todos los hombres, así como al carácter, en cierto sentido democrático, de la conquista.

Son bastante numerosas las afirmaciones que revelan el orgullo de pertenecer al pueblo español y la conciencia de las obligaciones que de tal pertenencia se derivaban. Se supone que un español debe comportarse como una persona honrada, es decir, con valentía y lealtad. Muñoz Camargo, sin embargo, define a los españoles como gente «arrogante y belicosa» (1986: 250).

Así, cuando en Tlaxcala cunde el desánimo entre las filas españolas, Cortés les advierte

[...] que mirasen que eran vasallos de vuestra alteza, y que jamás en los españoles en ninguna parte hubo falta, y que estábamos en disposición de ganar para vuestra majestad los mayores reinos y señoríos que había en el mundo. Y que debemos de hacer lo que como cristianos éramos obligados en puñar contra los enemigos de nuestra fe y por ello en el otro mundo ganábamos la gloria y en este conseguíamos prez y honra que hasta nuestros tiempos ninguna generación ganó. (Cortés 1945: 132)

De forma similar, antes de una batalla con los indios, Valdivia dice a sus soldados: «Pues sabéis, señores, que soís obligados a cumplir con la fama que de españoles tenéis» (Vivar 1988: 121). Como demostración por oposición de la existencia de la obligación de una conducta honrada por el hecho de ser españoles, tenemos el siguiente testimonio de *La Araucana*. Una de las heroínas del poema épico, Mencía de los Nidos, al ver que los españoles abandonan Concepción por temor a un ataque indígena, exclama: «Gente vil, acobardada, / deshonra del honor y ser de España, / ¿qué es esto, donde váis, quién os engaña?» (Ercilla 1978: 61).

Francisco de Jerez se pregunta retóricamente, lleno de satisfacción, refiriéndose a la conquista del Tahuantinsuyo: «¿Cuándo se vieron en los antiguos ni modernos tan grandes empresas de tan poca gente contra tanta, y por tantos climas de cielo y golfos de mar y distancia de tierra ir a conquistar lo no visto ni sabido? Y ¿quién se igualará con los de España?» (Jerez 1947: 319).

Si «los de España» no tienen parangón, en algunos españoles se observa aún una mayor conciencia de sus obligaciones por el hecho de pertenecer a una estirpe noble o por contar, entre sus antepasados, con servidores leales de la Corona. Es el caso de Bernal Díaz, quien escribe que «como mis antepasados y mi padre y un mi hermano siempre fueron servidores de la Corona Real y de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, de muy gloriosa memoria, quise parecer en algo a ellos» (1960: 3). Fray Jacinto de Carvajal extiende estas obligaciones a todos los conquistadores, pues las tienen «heredadas de sus antepasados nobles» (Carvajal 1985: 88-89). Por su parte, Valdivia está dispuesto a

obedecer al rey «pecho por tierra», «porque ésto tenía el heredado de sus pasados» (Vivar 1988: 218). Y hará un llamado a las obligaciones de casta de sus soldados, pues «les esforzó dándoles a entender que los buenos hijosdalgo en las adversidades demostraban su valor» (Vivar 1988: 89).

Respecto a la religión, el hecho de ser cristianos implicaba, por un lado, honra y, por otro, una conducta consecuente. En el discurso apologético a los cuatro caciques de Tlaxcala, Cortés dice:

Y llamaros cristianos, como yo me llamo y se apellidan todos mis compañeros, que es el más alto blasón, renombre y apellido que podemos tener, porque es derivado y tomado del Santísimo Nombre del Hijo de Dios verdadero, Jesucristo, Nuestro Señor y Redentor del género humano [...]. En lo que toca a decir que si somos dioses, somos hombres humanos y mortales como vosotros; pero la ventaja que tenemos sobre los otros hombres solo está en ser cristianos, en servir, como servimos, a un solo Dios verdadero. (Muñoz Camargo 1986: 200-201)

A su vez, Valdivia explica a los indios de Copiapó «la fidelidad que los cristianos tenían y usaban, y a lo que a ellos les obligaba su religión cristiana y su nación española» (Vivar 1988: 85).

4. Trabajos deshonrosos

Si hemos dedicado bastantes páginas al análisis del concepto de honor en sus distintas acepciones, tal como aparece en las crónicas americanas, haremos en este apartado final una referencia a las actividades que los españoles reputaban deshonrosas. Coherentemente con la ética caballeresca heredada de la Reconquista, las actividades manuales y la vida sedentaria se consideraban reñidas con una vida honrosa. Jerónimo de Vivar lo dice sin ambages: «A los conquistadores se les hace grave el sembrar y cultivar la tierra» (1988: 129).

En su *Historia del Almirante*, Hernando Colón sostiene que los padres del Almirante eran pobres, pero que Cristóbal era digno de toda

honra por las obras que realizó, y enfatiza que no era artesano: se había dedicado al estudio de las letras y al arte de la navegación, y se siente herido en el honor de su familia cuando algunos piensan que de joven se dedicó a artes mecánicas o a la artesanía (Colón 1984: 50-52). La preocupación de Hernando manifestaba la mentalidad de la época respecto a los que Jorge Manrique definía como «los que viven por sus manos». A esta misma mentalidad se tuvo que enfrentar su padre cuando intentó hacer trabajar a sus tripulantes. Según Colón, antes de sus viajes hablaba a quienes querían acompañarle sobre «todos los trabajos que suelen çufrir los que van a poblar nuevamente tierras de muy lexos». Pero los futuros indianos le respondían «que a eso venían y por ganar honra en ello» (Varela 1986: 237). La sinceridad de la respuesta de estos españoles pronto se pudo demostrar: la honra, sí; los trabajos, no todos. Cuando Colón decide en su segundo viaje levantar la Isabela, todos debían trabajar con sus manos. Solo la decisión férrea de Colón los hará poner manos a la obra. Así lo cuenta Las Casas:

[...] era necesario que también ayudasen los hidalgos y gentes del Palacio o de capa prieta, que también hambre y miseria padecían, y a los unos y a los otros se les hacía a par de muerte ir a trabajar con sus manos, en especial no comiendo; fuele necesario al Almirante añadir al mando violencia, y a poder de graves penas, constreñir a los unos y a los otros para que las semejantes obras públicas se hiciesen. (Las Casas 1957, I: 263)

Poco a poco, a medida que la conquista se acaba y se da comienzo a la colonización, los castellanos intentan perpetuarse en la posición honrosa que lograron alcanzar. Entre los primeros pobladores de La Española todos se creen grandes señores, aunque en su Extremadura natal se dedicaran a criar puercos. Las Casas describe para los tiempos de Bobadilla las escenas tragicómicas de burdos campesinos llevados en andas por los indios: «Iban junto con él indios que les llevasen unas hojas grandes de árboles para hacelles sombra, y otros unas alas de ánsar para hacelles aire» (1957: 6).

Este «creerse algo» de los hispanos radicados en La Española llevó a que los que estaban amancebados con las indias se disgustaran con Ovando cuando este les obligó a casarse con ellas. ¿Cómo podía creer el señor gobernador que ellos, nada menos que ellos, pudieran rebajarse a semejante unión? Acudamos otra vez al testimonio de Las Casas:

Esta fue una de las grandes tribulaciones que poderles venir estimaron, porque había muchos dellos que estaban ya en figura de muy honrados, aunque no de demasiada generosidad y casta, y otros que, aunque hijodalgos eran, y pudieran muy a honra suya vivir con los padres de aquellas señoras y con ellas, como fuesen reyes y reinas y de noble sangre en cuanto a la natural, pero era tanta su amencia presumptuosa y soberbia detestable y menosprecio que tenía destas gentes, viniendo a sus tierras andrajosos y a matar la hambre, que en Castilla no se hartaban de pan, que no les pudo venir mayor tormento, después de la muerte, que mandallos con ellas casar, teniéndolo por grandísimo deshonor y afrenta. (1957: 103)

Pero la decisión estaba tomada, y a quienes no formalizaron su unión con las indias les quitó repartimientos y no reconoció a sus hijos mestizos. No obstante este testimonio de Las Casas, cabe aclarar que la conquista de las Indias produjo un proceso de mestizaje único en este tipo de procesos, que evidencia la ausencia de prejuicios raciales entre sus protagonistas.

La consideración de algunas actividades humanas perfectamente dignas —vistas desde una perspectiva global— como deshonorosas era el efecto de una concepción aristocrática de la vida, generalizada en la España de los siglos XVI y XVII, que explicaría en parte las dificultades de la cultura española para entrar en la modernidad tecnológica, ya pujante en otras partes de Europa en esa misma época.

5. Conclusión

La presencia de los sentimientos relacionados con el honor en la conquista de América, tal como nos la cuentan las crónicas, es un hecho

apreciable ante la mirada más superficial. Sería ilusorio pensar que estos sentimientos fueron el motor principal del proceso conquistador. En otro lugar nos hemos referido *in extenso* a los fines de la conquista y hemos llegado a la conclusión de que existe una pluralidad de ellos, entre los que destaca la búsqueda de bienes económicos, la difusión de la fe y el engrandecimiento personal de los capitanes y soldados españoles (Fazio 1992). Estos, además, interactúan. Según la mentalidad de los conquistadores, no había ninguna incompatibilidad entre el oro, la fe y la honra. Las frases que atribuye López de Gómara a Balboa después de descubrir el océano Pacífico pondrían de manifiesto esta pluralidad armónica de fines. Al avistar por primera vez las aguas del océano, Balboa exclama:

Veis allí, amigos míos, lo que muchos deseábamos. Demos gracias a Dios, que tanto bien y honra nos ha guardado y dado. Pidámosle por merced nos ayude y quiera conquistar esta tierra y nueva mar que descubrimos y que nunca jamás cristiano la vido, para predicar en ella el Santo Evangelio y bautismo, y vosotros sed lo que soléis y seguidme; que con favor de Cristo seréis los más ricos españoles que a Indias han pasado, haréis el mayor servicio a vuestro rey que nunca vasallo hizo a señor, y habréis la honra y prez de cuanto por aquí se descubriere, conquistare y convirtiere a nuestra fe católica. (López de Gómara 1946b: 194)

Si las riquezas no están reñidas con el honor, la relación entre la fe y la honra se presenta más problemática. A este respecto se pueden recordar los famosos versos de *El Alcalde de Zalamea*, de Calderón de la Barca: «Al rey, la hacienda y la vida se han de dar. / Pero el honor es patrimonio del alma / y el alma es solo de Dios». El honor es uno de los valores más altos en la axiología castellana de los siglos XVI y XVII. Sin embargo, pensamos que no todos los sentidos del honor pueden ser reconducidos a una visión cristiana de la vida. Si nos atenemos a la primera acepción del honor —la que subraya los elementos más exteriores y superficiales—, la conclusión a la que se llega desde una perspectiva

cristiana es que, en muchas oportunidades, podemos identificar el honor y la honra con la vanidad y el orgullo, incompatibles con la humildad de vida proclamada por el cristianismo. En otras oportunidades, lo que se busca es el justo reconocimiento de los propios méritos y la defensa de la verdad.

Respecto al honor-virtud, las virtudes humanas de la lealtad y de la valentía son también virtudes cristianas. En principio, no habría ninguna colisión con la fe que se intentaba difundir. Sin embargo, la valentía podía degenerar en violencia e injusticia, y las hazañas tan loadas por las crónicas podían constituir un obstáculo para la conversión de los indígenas. Con su habitual vena crítica, Bartolomé de las Casas así lo piensa: considera que las «cosas hazañosas, nunca otras tales ni tantas vistas ni oídas ni aun pensadas ni soñadas» eran «obra muy manifiesta ser contraria y enemiga de la vía por donde ha de comenzar su camino y su entrada y su negociación para inducir los infieles a que vengan a la fe, los que profesan la verdad y benignidad, la suavidad y mansedumbre cristiana» (1957, I: 267).

Lejos de una lectura maniquea de la historia de la conquista, hemos procurado mostrar un poco más de cerca uno de los elementos del bagaje existencial de los europeos que llegaron a este continente, elemento que, si bien no es el determinante, echa luz para entender algunas de las acciones que han caracterizado el entero proceso conquistador.

Bibliografía

ANDAGOYA, P. de

1986 *Relaciones y documentos*. Madrid: Historia 16, 1986.

ARISTÓTELES

1985 *Ética a Nicómaco*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.

BERGUA, J.

1995 *Las mil mejores poesías de la lengua castellana*. Madrid: Clásicos Bergua.

CARVAJAL, fray Gaspar de

1942 *Relación del Nuevo Descubrimiento del famoso Río Grande que descubrió por muy gran ventura el capitán Francisco de Orellana*. Edición, introducción y notas de Jorge Hernández Millares. México: Fondo de Cultura Económica.

CARVAJAL, fray Jacinto de

1985 *Descubrimiento del río Apure*. Madrid: Historia 16.

CERVANTES SAAVEDRA, M. de e

1956 *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Madrid: Espasa-Calpe.

COLÓN, Hernando

1984 *Historia del Almirante*. Crónicas de América 16. Madrid: Historia 16.

CORTÉS, Hernán

1945 *Cartas de relación*. Buenos Aires: Emecé.

DÍAZ DE GUZMÁN, R.

1974 *La Argentina*. Buenos Aires: Huemul.

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal

1960 *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. México: Porrúa.

ELLIOTT, John

1982 *La Spagna Imperiale*. Bolonia: Il Mulino.

ERCILLA, Alonso de

1978 *La Araucana*. México: Espasa-Calpe.

FAZIO, M.

1992 *1492... Once aventuras en América*. Buenos Aires: BAESA.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo

1947 *Historia General y Natural de las Indias*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.

GARCILASO DE LA VEGA

1956 *La Florida*. México: Fondo de Cultura Económica.

GIL, J. y C. VARELA

1984 *Cartas de particulares a Colón y relaciones coetáneas*. Madrid: Alianza Editorial.

GÓNGORA MARMOLEJO, A. de

1960 *Historia de Chile desde su Descubrimiento hasta el año de 1575*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.

HIDALGO DE ELVAS

1952 *Relación verdadera de los trabajos que el Gobernador don Fernando de Soto y ciertos hidalgos portugueses pasaron en el descubrimiento de la provincia de la Florida*. Buenos Aires: Espasa-Calpe.

INNES, H.

1969 *Los conquistadores españoles*. Barcelona: Noguer.

JEREZ, F. de

1947 *Relación de la Conquista del Perú y Provincia del Cuzco, llamada Nueva Castilla, conquistada por Francisco Pizarro*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.

LAS CASAS, B. de

1957 *Historia de las Indias*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.

LÓPEZ DE GÓMARA, F.

1946a *Conquista de Méjico*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.

1946b *Historia general de las Indias*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.

LOSADA-GOYA, J. M.

1994 *L'Honneur au théâtre*. París: Klincksieck.

MARIÑO DE LOBERA, P. de

1960 *Crónica del Reino de Chile*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.

MUÑOZ CAMARGO, D.

1986 *Historia de Tlaxcala*. Madrid: Historia 16.

NUÑEZ CABEZA DE VACA, A.

1946 *Nafragios*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.

PIGAFETTA, A.

1963 *Primer viaje en torno del Globo*. Madrid: Espasa-Calpe.

SCHMIDEL, U.

1986 *Relatos de la conquista del Río de la Plata y Paraguay 1534-1554*. Madrid: Alianza Editorial.

VARELA, C.

1986 *Cristóbal Colón. Textos y documentos*. Madrid: Alianza Editorial.

VIVAR, J. de

1988 *Crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile*. Crónicas de América 41. Madrid: Historia 16.

ZÁRATE, A. de

1947 *Historia del Descubrimiento y conquista de la Provincia del Perú, y de las guerras y cosas señaladas en ella, acaecidas hasta el vencimiento de Gonzalo Pizarro y de sus secuaces, que en ella se rebelaron contra su majestad*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.